Capítulo 1

Habían terminado de hacer el amor y él se había levantado para darse una ducha. Como casi siempre, ella se había vuelto a quedar «a medias», y, como casi siempre, se había abstenido de pedirle que se esforzara un poco más.

Pero eso no era lo peor. Lo peor era que se había vuelto a quedar otra vez sola.

Porque ella estaba necesitada de compañía, de cariño, de comprensión, de aceptación… Necesitaba encontrar el amor, la ternura, el afecto, la complicidad… y, sobre todo, la estabilidad.

Necesitaba todo eso, pero por más que lo intentaba, solo conseguía que la desearan.

El deseo fue todo lo que halló en los ojos de Karl, aunque tenía la esperanza de que, a lo largo de los meses, ese mismo sentimiento se transformara en algo más. Pero, al igual que en las ocasiones anteriores, tampoco esa vez hubo suerte.

Había estado con multitud de hombres, tanto españoles como alemanes, pero en ninguno encontró el amor ni la complicidad. Aunque esto último, pensó, «sí, esto último lo encontré en Klaus», se dijo.

«Klaus… ¿Qué habrá sido de él?», se preguntó. Hacía muchos años que le había perdido la pista, y casi le había olvidado, aunque siempre guardaba su recuerdo en un pequeño rincón de su corazón.

El pensamiento de quién fue su primer amor no logró sacarle de la amargura que ahora sentía tras el chasco de Karl, y descubrió una lágrima que resbalaba por su mejilla y saltaba hacia uno de sus pechos, para bordearlo y finalmente perderse entre las sábanas de su regazo.

Miró hacia la derecha y vio la cajetilla de John Player Special que su amado había dejado en la mesilla, y extrajo uno de los cigarrillos. Ella no fumaba, pero en ese momento no lo pensó dos veces y se encendió uno, mientras todavía permanecía humeante el que él había apagado hacía solo unos minutos.

La mujer guardaba ese paquete para él en la mesita, al igual que la botella de Chivas en el mueble bar. Se determinó a arrojar todo eso a la basura en cuanto él se marchara, y a quitarse ese anticuado esmalte de uñas de color rojo que tanto le gustaba.

Todo había ocurrido minutos atrás, cuando Karl derramó su esperma en la vagina de la chica sin protección alguna. Era lo habitual, y tras hacerlo, en lugar de permanecer abrazados durante unos instantes como solían, él se apresuró hacia los cigarrillos.

—¿Siguen ahí? —preguntó.

—Sí, claro. En el mismo sitio donde los dejaste la última vez.

Tras encenderse el pitillo, lo primero que hizo fue mirar la hora en su teléfono móvil.

—¿Te vas a ir, amor mío?

—Me temo que sí —respondió, sin mirarla—. Mañana voy a tener un día muy ajetreado.

—Pero, ¿por qué no te quedas aquí? No tiene sentido que hagas cincuenta kilómetros hasta Manacor, para después volver a Palma solo unas horas después…

—Claro. Pero es que, mañana no voy a venir a Palma. Tengo una cita con unos proveedores en Alcudia.

—¡Ah!

Él permanecía con la expresión seria mientras se terminaba de fumar el cigarrillo, a la vez que ella le contemplaba ensimismada. Para ser alemán, se parecía mucho a los españoles, y, de hecho, todo el mundo se dirigía a él en castellano cuando trataba con los clientes y proveedores de la cadena de restaurantes que regentaba en la isla de Mallorca.

—Oye, Karl.

—Dime —respondió, lacónico. Los momentos posteriores a hacer el amor no eran precisamente sus mejores.

—Estoy pensando… —se detuvo, casi con miedo a que le dijera que no—, que te podrías venir a vivir aquí, a mi apartamento. Casi siempre trabajas en Palma, y así no tendrías que desplazarte tanto.

Él suspiró y dio una fuerte calada al cigarrillo. A continuación, la miró a los ojos, y después lo apagó para levantarse y marcharse hacia la ducha, sin ni siquiera responder.

Entonces fue cuando lo supo. En ese momento comprendió que la iba a dejar esa misma noche, y además, para siempre. Fue una visión que le vino de repente, totalmente inesperada, como solía ser habitual.

No era un presentimiento, ni siquiera una premonición. Era una certeza absoluta. Tenía la misma seguridad en ello, que en el hecho de conocer que estaba allí, sentada sobre su cama, apoyada sobre el cabecero, en aquel exclusivo apartamento de lujo con las mejores vistas a la bahía de Palma de Mallorca.

Ella sopesó esa revelación durante los cinco minutos que el hombre estuvo en la ducha, mientras contemplaba la luz azul que se introducía en la estancia proveniente de la terraza. Era una luz fría, acerada, casi hostil, que emitían los focos que había en el vaso de la piscina.

Ahora ya eran dos las lágrimas que resbalaban por sus mejillas, y procedió a secárselas con el extremo de la sábana mientras él salía del cuarto de baño y se disponía a vestirse.

—¿Por qué, Karl?

—Por qué… ¿qué?

—¿Por qué me dejas?

Nada de lo que había ocurrido aquella noche hacía presagiar que ella sospechara nada. De hecho, él no pensaba decírselo hasta el final, cuando se fueran a despedir. Había incluso pensado en decírselo por teléfono, sin acudir a su casa, pero no se resistió a hacer el amor con ella por última vez.

Había pensado varias formas y momentos para decírselo, y no se había decidido todavía por ninguna. Pero ahora lo había descubierto, y ya no tenía sentido seguir con la comedia. Y entre las muchas excusas que había ideado, se decidió por la más extravagante.

—Por eso mismo, Sabrina. Porque adivinas el futuro.

—Yo no adivino el futuro. ¡Ya quisiera hacerlo! No habría salido contigo si eso fuera cierto… —se lamentó.

—Adivinas el futuro y el pasado, y me das miedo. Mucho miedo… —en sus labios, y dicho de esa manera parecía una excusa de lo más pueril, aunque era en parte verdad.

Ahora sus lágrimas comenzaron a brotar de forma más profusa, y un sentimiento de congoja se apoderó de ella. El hombre se compadeció y se acercó a la mujer, e incluso llegó a pensar en prolongar la agonía de su relación durante un poco más de tiempo. Pero ella no estaba dispuesta y le dijo, de forma seca:

—Márchate ya, Karl. No quiero que estés conmigo por pena —su mente era ahora absolutamente transparente para ella, y llegaba casi a leer sus pensamientos. El hombre se dio perfecta cuenta de ello, y ese razonamiento le reafirmó en su decisión. Sin decir nada, se terminó de poner los zapatos y tomó la cazadora que tenía colgada en un extremo de la habitación, y se marchó, sin ni siquiera dirigirle una última mirada.

Sabrina oyó cómo se cerraba la puerta y entonces se levantó. Se puso una bata que tenía colgada en el mismo sitio donde él había tenido la chaqueta, se la ató a la cintura, y salió a la terraza.

La noche era fresca y se había levantado algo de aire. Eran los primeros días del otoño, y ya no quedaban muchos turistas en la capital de las islas baleares. La ciudad comenzaba ahora a ser gozada por sus residentes, entre los cuales había casi tantos alemanes como autóctonos. Sabrina bordeó la piscina «infinita» y se apoyó en la barandilla a contemplar la ciudad que se rendía bajo sus pies, mientras el viento mecía su preciosa melena rubia en todas direcciones.

Los cabellos se amontonaban y enredaban alrededor de su cara, y entonces tomó la determinación que se había planteado hacía algún tiempo. Sí, ahora era el momento de apuntarse a ese programa, con la certeza de que ella sería elegida. La cuestión era olvidar a Karl lo antes posible, aunque era probable que no la llamaran hasta dentro de varias semanas.

Suspiró de manera profunda, como intentando acaparar para ella sola todo el aire de la noche, y entonces se sintió algo mejor. «Lo primero, un cambio de look», se dijo, y tomó su teléfono móvil para concertar una cita con su peluquera. «Mañana será otro día, y tengo el presentimiento de que mi vida va a cambiar para mejor».

No se imaginaba cuán equivocada estaba.